



Reflexiones en torno al horizonte de felicidad
de un anciano

¿VALE LA PENA ENVEJECER EN EL CHOCÓ?!



Foto: Steve Cagan

Gonzalo M. de la Torre Guerrero

El título de este Foro *¿Vale la pena envejecer en el Chocó?!* tiene una doble lectura, señalada por los signos gramaticales que lo acompañan (admiración e interrogante), difíciles de ser leídos al mismo tiempo. Una primera lectura, cuando se lee con admiración, señala con optimismo que vale la pena envejecer en el Chocó. La otra lectura (la de los interrogantes) nos coloca en la duda o la sospecha que hace que uno se pregunte: ¿Realmente, vale la pena envejecer en el Chocó? Moviéndome entre la afirmación y la sospecha, voy a tratar de afrontar el tema desde el simple ángulo de la experiencia.

1. LA APARICIÓN DE UN HORIZONTE DE FELICIDAD EN LA PROPIA VIDA

Como punto de partida, quiero afirmar varias cosas:

Las distintas realidades que acompañan a toda vejez. No todo anciano es buena gente por el solo de hecho de ser anciano. Cada anciano termina con el calificativo que su propia vida le genera. Cada uno de nosotros llega a la ancianidad acarreando las consecuencias del tipo de historia y de cultura que logró vivir en su existencia anterior. La propia historia y la propia cultura llenan de epítetos positivos y negativos la vejez de una persona. Las cargas positivas y negativas de la propia historia y cultura hacen sentir su presencia, de una manera patente, en la vejez. En la ancianidad recogemos el fruto de nuestra propia historia y cultura.

La innegable realidad del horizonte de felicidad que cada uno se crea.

Por lo mismo, cada uno de nosotros lleva delante un horizonte de felicidad



de acuerdo a la historia que en ese momento esté viviendo. Todos entramos a la vejez con nuestro propio horizonte de felicidad. Esto no quiere decir que nuestro horizonte de felicidad no pueda cambiar. ¡Por su puesto que sí! Pero, esto sucede siempre y cuando nuestra propia historia cambie. Y nuestra historia personal lo hace, cuando sucede algún acontecimiento de opresión o de liberación que nos afecta, tanto en nuestro mundo exterior como en el interior. Nuestro mundo interior hace su propia lectura del mundo exterior y reacciona o positiva o negativamente frente a lo sucedido. Es la lectura que hace la propia conciencia de los acontecimientos la que, en definitiva, afecta a la persona. Por eso, lo que para unas personas es positivo para otros puede ser negativo, y viceversa. Podemos sentirnos infelices en medio de la opulencia y, por el contrario, podemos ser felices interiormente, estando sumergidos exteriormente en condiciones de infelicidad. Ésta es la razón por la cual se dice que la felicidad definitiva está en el interior, en la propia conciencia, en la propia mente, en el horizonte interior de felicidad que cada uno se haya construido.

Por ello la pregunta de nuestro foro debe ser leída, en primer lugar, con el signo de interrogante, bajo el signo de la duda: **¿Podemos envejecer felizmente en el Chocó?** La respuesta no es fácil, ya que siempre tendrá que ser una respuesta condicionada al tipo de sociedad en que estemos enclavados y, sobre todo, a la decisión de aceptar o rechazar ese modelo de sociedad. Sin embargo, podemos encontrar pistas que nos pueden ayudar a diseñar la respuesta más verídica, sin ser categóricos; ni afirmándolo, pues nos convertiríamos en fatuos y mentirosos; ni negándolo, pues caeríamos en el pesimismo o en la mala intención.

Considero que mi tarea en esta ponencia es la de hacer caer en cuenta de esas diversas realidades que se conjugan en la historia de cada anciano y que hacen explicable que dicha historia genere o destruya felicidad.

2. LOS CONDICIONAMIENTOS ECONÓMICOS QUE AFECTAN EL HORIZONTE DE FELICIDAD DE UN MAYOR DE EDAD

El peligro de envejecer siendo víctima de un sistema económico que deshumaniza la propia ancianidad

Toda sociedad está organizada a partir de un sistema económico que afecta todas sus estructuras. De tal manera que las relaciones de una nación se construyen a partir de su sistema económico. Éste es el que indica quién es

el dueño del capital y de los bienes de producción, qué modelo de empresa se debe establecer, quién maneja la empresa, a dónde van los intereses, quién tiene la posibilidad de trabajo remunerado, quién debe defenderse en la línea del rebusque, quién queda totalmente desamparado y quién debe escoger el camino de la limosna, o de la vagancia, o de la delincuencia.

Todos los ciudadanos y ciudadanas estamos ubicados en alguna de estas posibilidades. Todos vamos creciendo en años y llegamos a envejecer ubicados en alguno de estos escalones de posibilidades, o en alguno de estos círculos concéntricos que se acercan o se alejan del poder y que comúnmente denominamos centro y periferia. A algunos los sorprende la ancianidad disfrutando de los beneficios del poder. A otros los sorprende en la pobreza, o en la miseria, o en el abandono absoluto. En ese caso, solemos decir que los hombres y Dios se apiaden de él, porque le tocará vivir una ancianidad deshumanizadora.

Esto no significa que quien envejece en condiciones económicas favorables sea, por esto mismo, feliz. Muchas veces encontramos ancianos interiormente infelices, porque su corazón está muy lejos de sentir la acogida y el cariño que él anhela o que siente que se merece. Esto mismo hace parte del modelo de sociedad neoliberal, competitiva y atrapadora, en la cual nos encontramos. El hecho de pertenecer a un estrato social acomodado no le asegura felicidad a un mayor de edad, ni le garantiza un buen corazón a sus familiares, o a la sociedad que debe responder por él.

La sociedad neoliberal lo rediseña todo según sus intereses, sin respeto a costumbres, tradiciones o cultura. Fruto de ella es el modelo de familia actual, cerrada, siempre con prisas, esclava de las agendas y compromisos sociales, sin tiempo para el cariño o las relaciones familiares y con un hogar convertido más en hotel que en lugar de humanización. Un mayor de edad en este modelo de familia, termina por estorbar. Si la familia cuenta con medios económicos, lo mejor es enviarlo a un ancianato. ¿Qué final de vida le espera a quien siente que estorba, a quien se le niega cariño, a quien tampoco puede darlo?

Insisto en esta realidad económica, porque ordinariamente creemos que tener una vejez feliz depende de las cualidades personales, o de los propósitos que uno realice, o de la fuerza que cada uno le ponga a la vida, o de la bondad de los hijos y nietos, o de la bondad del Estado. Qué pocas veces pensamos en que principalmente depende del modelo económico de una nación, que se puede entregar tranquilamente -a veces hasta con orgullo- al modelo



de capitalismo o de neoliberalismo dominante, cerrando los ojos a las consecuencias de empobrecimiento y de miseria que acarrea el tener el poder económico concentrado en pocas manos, sin esperanza de participación, para los que estén fuera del sistema.

Una mirada a nuestro propio Chocó

Envejecer con dignidad no depende sólo de nuestro querer, sino principalmente del sistema en que estemos enclavados. Aquí radica la gran diferencia de experiencias de ancianos que a diario palpamos. En nuestra sociedad chocoana hay una doble realidad de ancianos: los de la ciudad (los ancianos urbanos o semiurbanos) y los del campo (los ancianos rurales).

Los ancianos de la ciudad son los más manifiestamente golpeados, puesto que la dura realidad de muchos de ellos depende abiertamente de que el Estado o algún alma caritativa los socorra. Son los ancianos limosneros de los sábados, que tienen que agachar o casi esconder su rostro cuando extienden su mano para recibir la moneda que les damos de limosna, muchas veces sin responder a su salud, o sin mirar siquiera su rostro de hermano necesitado. Son los ancianos que están pendientes de alguna entidad que les dé algún almuerzo o algo de mercado. Son los habitantes de los ancianatos, que tienen que sufrir el duro golpe de saber que viven de limosna, que no siempre el alimento y la atención a su salud y sus necesidades llega a tiempo, que en cualquier momento pueden quedar en la calle, como más de una vez ha sucedido en nuestra ciudad... Son los ancianos pensionados que hacen filas extenuantes para recibir la menguada pensión que no siempre llega a tiempo y que muchas veces se ha acumulado durante meses, como no hace mucho sucedía. Son los ancianos rebeldes que no se dejan encasillar en un sistema de ancianato reglamentado, porque prefieren mantener su libertad. Son los ancianos vergonzantes que prefieren las carencias y la soledad de su hogar, por pobre que sea, a tener que dar la cara para recibir en la calle unas migajas. Son los ancianos que prefieren ir muriendo secreta y lentamente de desnutrición, porque no les llega nada de sustento o de atención médica. Son los ancianos que en su propia casa palpan que son estorbo, que se sienten poco queridos y que muchas veces su plegaria es pedirle a Dios que se los lleve cuanto antes.

Es obvio que en estas situaciones descritas no vale la pena envejecer en el Chocó. Aquí se le suma a la realidad deshumanizadora de los pobres de Colombia, esa otra terrible realidad de ser una región marginada y excluida del sistema

oficial de desarrollo económico. Si a esto le añadimos la satanización de región corrupta que Colombia ha hecho del Chocó y los malos ejemplos de nuestros dirigentes políticos que todavía no demuestra que los intereses comunitarios de la región son superiores a los intereses personales y de partido, los últimos días que les esperan a nuestros ancianos serán cada vez más difíciles.

Lo hasta aquí dicho se aplica también a muchos de los ancianos rurales. El campo continúa, sin que esto preocupe al Estado, sin ningún tipo de asistencia médica. Además, las comunidades, sumergidas en la dinámica que le imponen los actores armados, se encuentran acorraladas, sin libertad de movimientos, sin suficiente abastecimiento de alimentos, bajo estricto control por parte de las fuerzas en conflicto, expuestas al desplazamiento forzado. Esto lleva a que los habitantes del campo hagan sacrificios ingentes por trasladar a la ciudad a sus ancianos, aún sabiendo lo que les espera en la ciudad. En el modelo de sociedad que está imponiendo la guerra en el campo, tampoco vale la pena envejecer en los antiguos bellos rincones del Chocó. Envejecer aquí se ha convertido en soledad, en carencia en todos los órdenes, en peligro de muerte, en estado de permanente desplazamiento forzado, ahora cuando las fuerzas flaquean por los años y cuando cada uno está preocupado por la propia sobrevivencia.

El horizonte de felicidad deshumanizador que genera la sociedad neoliberal

Es de todos conocida la representación piramidal que se hace de la sociedad verticalista anticomunitaria, en la base de esta pirámide hay varias categorías o estratos sociales de pueblo: el del lumpen, el de clase social baja, el del rebusque, el de la clase obrera de salario mínimo, entre otros. Un poco más arriba hay otros estratos, cercanos a las estructuras que suelen sostener o alimentar la llamada economía privada: la clase militar, la clase administradora del capital, la clase religiosa y la clase educativa, para hablar de los principales soportes en que un sistema económico trata de afianzarse. Esto nos explica porqué nuestros estados neoliberales privilegian a sus fuerzas armadas, porqué le dan siempre ventajas a los que manejan el capital, porqué tratan de poner en su favor a la religión y porqué controlan y no dejan tocar el sistema educativo. De cada una de estas fuerzas depende la estabilidad del Estado. La cúpula de este sistema está en su sistema parlamentario (el que hace leyes justas e injustas) y el sistema presidencial que las ejecuta y que trata siempre de acomodarlas al talante del partido que esté de turno en el alto Gobierno.



Es obvio que todas las personas que están viviendo bajo este sistema y se encuentran en alguna escala inferior de poder, traten de subir los peldaños que le hacen falta para poder disfrutar de las ventajas que éste ofrece. Se puede decir que el horizonte normal de felicidad para el que está dentro del sistema neoliberal es el de adquirir un poco más de poder y el de percibir resultados económicos que lo coloquen en la línea del consumismo, propia del sistema.

Creo que a todos nos ha tocado ver y palpar a los modelos de ancianos que genera este sistema. Al creer que la felicidad está en el tener, más que en el ser, rodeamos al anciano de cosas, pero no le damos lo principal: aceptación, reconocimiento, amor, cariño, ternura, compañía y diálogo. Más aún: hay familiares que creen que con entregar al abuelo a un ancianato y garantizar la paga, ya están cumpliendo, aunque el abuelo quede ahí en el mayor de los olvidos. Tampoco faltan ancianos que terminan su vida o amargados por no haber disfrutado de las ventajas del poder o ensoberbecidos porque quieren seguirlo haciendo hasta su última hora. Son los ancianos que nunca renuncian al poder, al machismo, al modelo de vida patriarcal que le da determinadas ventajas, anhelando siempre más poder y demostrando con actitudes infantiles que sus caprichos deben cumplirse.

La vejez es la última oportunidad de humanización que se tiene, antes de confrontarse con la muerte. Cada ser humano se va a la otra vida con el bagaje humano que haya logrado construir hasta ese instante. De aquí la importancia que tienen los últimos años de la vida, los que se pasan o en la rutina del hogar o bajo el necesario reglamento de un ancianato o, en el peor de los casos, en la triste realidad de ser un limosnero de la calle. Cuántos ancianos terminan su ciclo vital con ese falso horizonte de felicidad que no sólo les deja para siempre una falsedad en el corazón, sino que los lanza a la eternidad con el alma vacía de los verdaderos valores de humanidad que van a definir para toda una eternidad la conciencia humana.

Una sociedad con economía humanizadora ayuda a construir un verdadero horizonte de felicidad

- *Hay experiencias que ayudan a construir un horizonte comunitario.* Los horizontes de felicidad no se construyen por sí mismos. Los va construyendo la experiencia. Ésta es la razón por la cual, una persona que nace con la experiencia comunitaria del trabajo, de la cooperativa, de la pequeña empresa comunitaria (el trapiche, el taller, la trilladora,

el centro artesanal comunitarios), va adquiriendo otro horizonte, más allá del propio egoísmo. Todos hemos oído hablar de instituciones campesinas como éstas:

1. **La mano cambiada**, en la cual todos están dispuestos a ayudar a alguien sin recompensa de dinero, sino recibiendo a su tiempo la ayuda del otro. No se necesita ser rico para montar su propia finca. Hace falta sólo aprender a colaborar a otros, para recibir de los otros su colaboración.
2. **La minga**, en la que todos se ponen de acuerdo para hacer una obra de beneficio común (una casa de paso, una escuela, una iglesia, un hogar infantil), lo mismo que una obra de caridad, por ejemplo, a alguien que sufrió los efectos de alguna calamidad familiar o natural (por ejemplo, un incendio, una tempestad, una inundación, una muerte familiar). Todos acuden en comunidad a remediar la carencia, sin esperar ninguna ayuda en recompensa.
3. **La cuadrilla** que, para las comunidades mineras, es una forma de repartir entre muchos las ventajas que ofrece un hallazgo minero. Se gobierna por reglamentos que tienen la belleza de hacer participar a otros, incluidas las mujeres, de las ventajas económicas de una mina que se debe trabajar manualmente.

Quien crece en medio de estas prácticas comunitarias, va formando un horizonte de felicidad, contrario al de la sociedad neoliberal. Su corazón se acostumbra a ser feliz repartiendo con otros la propia felicidad y ayudando a otros a ser también felices.

Cuando hay humanidad, suceden cosas como éstas: ancianos que recuperan o prolongan su alegría, sus facultades, sus ilusiones, que vuelven a soñar en proyectos y se sienten útiles en dar lo que pueden y tienen. Estos ancianos no ven caer con resignación las hojas de otoño del árbol de su vida, sino que las recogen para reciclarlas y convertirlas de nuevo en vida. Son los ancianos que terminan la vida sintiéndose espiritualmente jóvenes y aportándole vitalidad y alegría, experiencia y sabiduría, a la humanidad y al planeta.

- *En muchos casos, pareciera que no existiera ancianidad.* Una de las experiencias que llaman la atención en el sector rural chocono es ver a personas, ya muy mayores en edad, que siguen su vida normal de trabajo



y de familia, como si los muchos años no contaran mayor cosa. Son gente recia, fuerte, que madrugan al trabajo, salen diariamente a sembrar y a recoger los frutos de su parcela, labran canoas, conducen su champa por el río y son amos de su finca hasta las vísperas de su definitiva partida. En general, nuestros ancianos del campo son un verdadero himno a la vida. Todavía recuerdo a una anciana del río Buey, la cual, con tranquilidad y seguridad, me conducía en su champa, charlando y fumando su tabaco, para ir a atender enfermos. Ella contaba con 85 años y tenía la suficiente seguridad para medírsele a un río, aún en situación de crecida.

Es cierto que esta vitalidad de los ancianos genera cierto malestar en los hijos varones mayores, quienes tienen que esperar demasiado tiempo para sentirse dueños y amos de sus parcelas. Tropiezan con unos padres y abuelos que no entregan el mando de la familia y de su finca, sino hasta muy tarde; tanto, que muchas veces los hijos tienen que emigrar, buscando en otros lares su anhelada independencia económica.

- *El modelo de sociedad que revela un ritual de muertos campesino.* Otra experiencia que forma comunitariamente la conciencia del pueblo es la de los velorios y novenarios. Tanto el velorio como la novena de difuntos campesinos son acontecimientos culturales de inmensa riqueza. Aquí sólo vale la pena resaltar el modelo de sociedad campesina que este acontecimiento revela. La noticia de la muerte es llevada a los cuatro vientos por unos cuantos campesinos que se desplazan en todas las direcciones de las orillas vecinas. Toda la gente empieza a movilizarse, en torno al velorio que comienza ese mismo día, a las ocho de la noche en punto, en la casa más amplia del caserío. Como un velorio implica mucha actividad, hay que organizarse por grupos. Un grupo de mujeres se encarga de bañar y preparar el cuerpo del difunto, otro grupo debe responder del altar o tumba que presidirá la novena, con sus sábanas en la pared, su cinta en forma de mariposa, su mesa cubierta de mantel blanco, los santos presididos por el Santo Cristo, alguna fotografía del difunto, si la hay, un vaso con agua y una ramita de alguna hierba aromática. Un grupo de hombres debe encargarse de ampliar la casa con una enramada que dé a la calle, pedir prestadas láminas de zinc, por si en la noche llueve. Otro grupo debe ir a buscar al caserío vecino el Crucifijo y los candeleros. Debe haber personas encargadas de preparar el café y la aguapanela; de amasar pan y comenzar a asarlo en sartenes, a falta de hornos; de recoger ramas verdes y flores para la tumba o altar del difunto; de pedir

prestadas telas y cintas para el mismo; buscar bancas y sillas abundantes; hay que ver quién presta una libra de clavos, unos pocillos, unos platos, unas mesas para los que van a jugar juegos de mesa, hay que tener ya palabreados a los hombres que van a repartir el tinto, las aromáticas, el cigarrillo, el aguardiente y el biche. Hay que conseguir quién hace el ataúd o ir a Quibdó por él y por los víveres para la novena, sin que falten tabaco, cigarrillos y aguardiente Platino, fuera de las botellas de biche que hay que pedir fiadas a las mujeres fabricantes del mismo.

Por ninguno de estos servicios nadie cobra nada. Por el contrario, es un compromiso personal colaborar en algo. Nadie va a decir que esto no cueste dinero. Pero para eso se tiene la institución llamada “mortuoria”, que consiste en participar en la liquidación de costos y aportar económicamente lo que corresponda, según el número de participantes. Esto es una simple demostración de lo que significa una economía solidaria. Mientras en nuestra sociedad urbana le tenemos pavor a los gastos de un entierro, en la comunidad campesina se hace todo llevadero por el aporte de todos, con la añadidura de que participar en un velorio es hacerlo en un acto de gozo comunitario que mitiga el dolor de toda muerte, porque le da otro sentido.

Este sentido de la muerte es el que permite que un anciano se acerque a ella con tranquilidad, pues sabe que en cierta forma su muerte va a ser motivo de alegría. Muchos ancianos hablan de su muerte con tranquilidad, disponen cosas frente a la misma y hasta mandan a hacer su ataúd con tiempo y lo colocan cerquita, ahí en lo que se llama el “soberao” de la casa. Ahí lo ven a diario con la tranquilidad de quien se acostumbró a mirar su misma muerte y con el gozo de quien ya está pensando en su velorio. Recuerdo que en la localidad de Puné, le pregunté a una señora joven a dónde iba, tan bien arreglada, aunque con vestido de medioluto. Ella me respondió que iba “a la fiesta del muerto”. Aunque su corazón no dejara de sentir la muerte del difunto y el dolor de sus parientes, sin embargo era consciente a qué iba: a un acto comunitario que también le generaba alegría.

3. LOS CONDICIONAMIENTOS SOCIO-CULTURALES QUE AFECTAN EL HORIZONTE DE FELICIDAD DE UN MAYOR DE EDAD

Cuando hablamos de cultura, queremos referirnos a esa realidad que, brotando desde lo más íntimo del ser humano, trata de llevar a la práctica, en usos y



costumbres, en signos y símbolos, las definiciones que de cada ser anidan en la conciencia personal y colectiva y que, de acuerdo a las mismas, terminan estableciendo determinadas relaciones. La cultura de un grupo, en este sentido, se alimenta de las definiciones de los miembros del grupo y, al mismo tiempo, alimenta la conciencia del grupo generándole nuevas definiciones y corrigiendo otras. Cultura y conciencia grupal son correlativas. Ésta es la razón por la cual una persona mayor es un acumulado de experiencias y de definiciones, es un acervo cultural. Por eso, cuando una persona mayor parte de esta vida, se lleva consigo buena parte de la vida cultural del grupo, se lleva sus propias definiciones.

La sociedad que no escucha a sus ancianos va cayendo en desnutrición y raquitismo espiritual

Una sociedad sin respeto a los valores culturales es precisamente la que margina al mayor de edad, silenciándolo, y privándose de su palabra que arrastra siempre las definiciones (la esencia) que de cada cosa ha acumulado, a lo largo de su vida. Este tipo de sociedad se va quedando sin la vieja sustancia de la vida, va perdiendo valores y va dejando de alimentarse de definiciones sustanciosas que orientan la vida con peso y seriedad. Este modelo de sociedad marginadora se va volviendo ligera, superficial, insípida. Es lo que hoy nosotros mismos llamamos “sociedad Light”, sociedad ligera, sociedad sin peso...

Envejecer en este modelo de sociedad es terminar la vida sin palabra, en un silencio exterior e interior aterrador, porque la experiencia adquirida que ha generado en el alma nuevas definiciones de cada cosa y cada persona, ya no es una enciclopedia de sabiduría, sino una memoria desechable que estorba porque cuestiona. Es la realidad de los ancianos que, si mueren en familia, lo hacen ocupando siempre un puesto alejado, marginado, sin palabra que influya y sin pensamiento que transforme. Y no porque no lo tengan, sino sencillamente porque no se les quiere ya escuchar y de esta manera se les silencia.

Pero hay algo más: una sociedad que ya no quiere escuchar a sus ancianos se va privando de la rica savia del pasado y ella misma se va desnutriendo y va perdiendo valores que vale la pena conservar. Es ir ensordecándose voluntariamente, es dejar de dialogar con la historia vivida que es la que define el presente, y la que a su vez prepara el futuro. Cortarle la palabra al anciano, o no quererla escuchar, es vivir un presente sin sustancia y diseñar un futuro sin solidez. La sociedad queda en manos de la improvisación, de la ligereza y de la superficialidad.

La sociedad que refuerza y sana sus tradiciones con la experiencia de sus ancianos, se enriquece y fortalece

En nuestra sociedad rural afrotrataña los mayores en edad tienen un nombre especial. No se les llama viejos, ni ancianos, sino “mayoritarios”. Este bello nombre encierra una realidad de dignidad y de reconocimiento. No son los “viejos” cansones y regañones, ni los ancianos decrépitos, sino los mayores de la comunidad, los que presiden las reuniones comunitarias, los que son escuchados con respeto, los que aconsejan con sabiduría, los que llevan a tomar decisiones que benefician a todos y los que saben reclamar los derechos propios y los de la comunidad.

Me remonto a la década de los años 80. En la población de Beté había, entre otras, una pareja de mayoritarios -con más de 80 años- llamados Abel y María Gil. La población los llamaba “Papá-Abel y Mamaín”, con la confianza y ternura de dos abuelos verdaderamente mayoritarios. Eran realmente mayores en edad, en experiencia, en sabiduría, en astucia y sana picardía, es decir en todos esos dones que garantizan vida en ambientes difíciles, para que el ser humano pueda ir ganando humanidad donde parece que todo estuviera destinado a la marginación y a una muerte lenta sin respaldo. Al llegar por primera vez al Medio Atrato, como equipo misionero permanente, se nos presentaba el dilema de atender preferencialmente a una sola población, o de repartir nuestras energías en la atención de todas las poblaciones, que eran en conjunto unas 45. Si la población de Beté se quejaba ante el Obispo, nuestra acción se reduciría a un ámbito muy reducido. Pero si la población de Beté era sabia, su comprensión haría que extendiéramos a todo el Medio Atrato nuestra acción misionera. Los habitantes de Beté, bajo el consejo y sabia decisión de Papa-Abel y Mamaín a la cabeza, prefirieron privarse ellos de la ventaja de tener un sacerdote fijo en la población, para que todas las otras poblaciones se beneficiaran en algo. Esto facilitó el nacimiento de la organización campesina más grande del Chocó, hoy llamada COCOMACIA (Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato). El verdadero “mayoritario” tiene siempre el instinto de ser sabio.

Se puede decir que una persona anciana se siente plenamente realizada, cuando la comunidad la trata como mayoritario. Cuando uno sabe que puede terminar la vida siendo un verdadero mayoritario, es cuando puede afirmar de corazón que vale la pena envejecer en el Chocó.



3. LOS CONDICIONAMIENTOS RELIGIOSOS QUE AFECTAN EL HORIZONTE DE FELICIDAD DE UN MAYOR DE EDAD

Existe una realidad espiritual que modifica la existencia

El ser humano, como otros seres de la creación, está compuesto de partículas y de ondas de energía que definen su cuerpo y su espíritu (o “ánima”), que es la que “anima” a dicho cuerpo, la que hace que su energía vaya más allá de los límites de su materialidad, la que permite sus relaciones con otros seres. Pero, en el ser humano hay un tipo de energía que no tiene ningún otro ser de la creación conocido hasta el presente: su energía espiritual tiene la particularidad de ser conciencia que hace posible la reflexión, lo cual convierte al ser humano en el único ser que se da cuenta de lo que es y que puede reflexionar sobre lo que hace, con la posibilidad de programarse y de cambiar su programación cuantas veces lo desee.

Las capas cerebrales superiores del ser humano, exclusivas también de él, le permiten liberarse de las fuerzas de sus instintos sin destruirlas, de tal manera que tiene el don de la libertad, puede reprogramar su vida y tiene la posibilidad de adaptarse a las circunstancias más contradictorias u opuestas. No hay rincón de la tierra donde no habite y en cada lugar, por difícil e inhóspito que sea, adapta su organismo, lo mismo que el tipo de vivienda, de alimento, de trabajo y de descanso. Su esperanza de vida ha crecido en todos los rincones del mundo, lo cual quiere decir que la ancianidad se ha retardado, según unos, o se ha prolongado, según otros. De todas maneras, cada vez llegamos a la muerte con posibilidades de una mayor edad. El ser humano, en este momento, tiene en sus manos los secretos de la vida, con la posibilidad de modificar los seres existentes y aún de crear nuevos tipos de vida.

Su reflexión lo ha llevado, desde un principio, a reconocer la existencia de un ser o energía superior y a establecer relaciones con la misma. Es decir, está abierto a una realidad superior, a una rica vida espiritual, a nuevos valores, a una moral más definida por la línea de la justicia y a un más allá que plenifica todos sus valores.

La transformación interior o resurrección del ser humano: un horizonte de felicidad

Ordinariamente nos han enseñado que el destino último del ser humano no es la destrucción, sino la vida, aunque tenga que pasar por el envejecimiento



Foto: Steve Cagan



y la muerte. Todas las culturas han tenido algún tipo de reflexión que las lleva a seguir sintiendo a los que ya han partido como si continuaran con algún tipo de vida o de presencia. Todas reconocen y le dan valor a los innegables deseos que todos tenemos de inmortalidad, a la marca indeleble que nos deja la práctica del amor y de la justicia, al acumulado de ilusiones, utopías y esperanzas que nos va dejando el correr de los años, aunque todos sabemos que el envejecimiento y la muerte están ahí, esperándonos, como puente que hay que pasar en espera de una nueva y desconocida realidad que, por lo mismo, es sorpresa e ilusión, sin dejar de ser preocupación y sin anular del todo el temor a lo desconocido.

Nos han enseñado, desde la fe cristiana, que esa última realidad, que es nuestro encuentro definitivo y plenamente consciente con Dios, se nos da por amor y no tanto por méritos. Sin embargo, todos somos conscientes de que la vida no nos deja vacíos, que en nuestro interior acumulamos bondad o maldad, amor o desamor, justicia o injusticia, y que todas estas realidades van transformando nuestro ser interior. La pregunta, entonces, es ésta: ¿qué destino toman esas energías que hemos acumulado a lo largo de toda una vida y que llevamos hasta nuestra ancianidad, o hasta el momento en que la muerte nos despierta a una nueva realidad? La ciencia nos dice que ningún tipo de energías se pierde, sino que toda energía continúa su carrera, hasta cumplir la meta para la cual fue diseñada.

Esto que nos dice la ciencia es el núcleo principal de la resurrección: creemos en ella, porque la misma lógica de la vida nos lo pide. Nadie puede pretender que es lo mismo haber hecho el mal que el bien, haber amado que haber odiado, haber practicado la justicia que la injusticia, haber amado la vida que haberla asesinado. La misma existencia de un ser supremo queda cuestionada si no llegara a existir resurrección, o para la vida o para la muerte.

¿Qué es ser viejo y qué es ser anciano?

Digamos, ante todo, que resucitar no es un tema exclusivo de la religión cristiana. Es más bien un anhelo, un planteamiento, una discusión abierta y nunca concluida de las diversas culturas del mundo. Todas ellas tienen alguna propuesta -acertada o no, pero su respuesta- para explicarse la realidad de la vida después de la muerte.

En este momento, vale la pena recordar el hondo significado de las dos palabras (viejo y anciano) con las que se definen los últimos años de un ser humano, dentro

de la esperanza normal de vida que le asigna su historia y su cultura. La palabra “**viejo**”, viene del latín “vetus-véteris”, que indica cantidad de años, peso biológico de la vida. La palabra “**anciano**” viene también del latín, derivado de la partícula “**ante**” que significa “lo anterior a...” (**anteanus, antianus, anciano...** en nuestro caso, se refiere a todo lo relativo a ese “antes” de la muerte). Por lo mismo, las palabras “viejo y anciano”, etimológicamente son dos palabras duras, crudas, que no disimulan la realidad. Ellas nos colocan ante la realidad biológica de un cuerpo cuyas células envejecen y mueren (= viejo, vejez, envejecer) y ante todo aquello que se refiere a ese tiempo y esas circunstancias anteriores a la muerte, con todo lo que acarrearán de positivo y de negativo (= anciano, ancianidad)

Nuestra sociedad establece el tiempo del comienzo de la vejez y de la ancianidad, poniéndole números concretos a la jubilación, que oscila a partir de los 60 ó 65 años. Aunque la persona interesada no lo sienta ni lo quiera, queda declarada vieja y anciana y la sociedad empieza a tratarla como tal: prácticamente empieza a marginarla. Y, si ella se lo cree y así lo vive, empieza a morir de verdad.

Frente a este modo inhumano que tiene nuestra sociedad neoliberal de concebir la vida de una persona, sólo desde su capacidad de producción, aparece una forma humana de plantearse los últimos años de la existencia de alguien. Si el viejo cargado de años y el anciano que ve cerca su final son conscientes del acumulado de experiencia que significa su vida, es entonces cuando descubre el gran papel de orientador que le corresponde ejercer. Y puede que ésta sea su verdadera vocación. Ampliemos un poco estas ideas.

El horizonte de felicidad que crea un cristianismo vivido desde el amor y la justicia

La realidad humana, desde una mirada de fe en la misma humanidad, sigue este proceso: todos nacemos con la tarea de que nuestro ser llegue a cumplir una misión. Para esto contamos con nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Nuestro espíritu, que se hace palpable a través de la conciencia que genera nuestro cerebro, nunca entra en contacto directo con la realidad material que lo rodea. Lo hace a través de nuestro cuerpo. A partir del momento de nuestra concepción, cuerpo y alma forman una unidad indisoluble que es ya imposible pensar el uno sin el otro.

El papel de nuestro cuerpo será entonces el de transmitirle a nuestro espíritu (nuestra conciencia) toda la información que él va obteniendo, a través de todos



los contactos que va creando y todas las relaciones que va estableciendo. Toda esta riqueza de información y relación van quedando acumuladas en nuestro espíritu que se va enriqueciendo más y más, pudiendo hacerlo de una forma ilimitada. La materialidad de la vida, esa que anhelan poseer nuestros instintos y que palpan todos nuestros sentidos, todo eso se convierte en pensamiento, en conocimiento, en experiencia. Así, nuestro cuerpo, dando información y nuestro espíritu procesándola y acumulándola, van configurando nuestro ser, a lo largo de ese trayecto que llamamos vida.

Nuestras acciones, por consiguiente, no se pierden. Toman el destino de ir construyendo en nuestro interior ese nuevo ser que nosotros mismos palpamos en los momentos en que nos toca tomar alguna decisión importante. Ya no somos lo mismo que antes, para bien o para mal. Si nuestro cuerpo transmite injusticia, configuramos interiormente un yo injusto, egoísta. Pero si nuestro cuerpo transmite justicia y amor, configuramos interiormente un yo generoso, desinteresado, amoroso y tierno. Cuando lleguemos al final de nuestra vida, mientras nuestro cuerpo se va tornando viejo y sus células ya no están en capacidad de reproducirse, toda esta energía acumulada queda disponible para empezar con ella una nueva vida en la que la realidad de nuestro cuerpo mortal pide un nuevo cuerpo, capaz de ser portador de la energía acumulada, para que en una nueva vida ella siga siendo enriquecida hasta el infinito.

Es aquí donde las religiones hacen sus propias propuestas. El cristianismo nos dice, por ejemplo, que Dios inhabita nuestro ser y que él nos acompaña con el amor de su Espíritu y con el ejemplo del proceso de vida que hizo Jesucristo, su Hijo, durante su vida mortal, en la configuración de su propio ser interior. Jesús nos muestra un camino de resurrección. También se nos enseña que es un Dios Trino el que nos acoge al final de nuestra vida y nos da ese nuevo cuerpo que pide nuestra realidad humana y nos encomienda una nueva misión para seguir creciendo en el amor hasta lo infinito. Y es precisamente en esto en lo que consiste la resurrección: en un proceso que comienza con nuestra vida, que se realiza a todo lo largo de la misma y que madura en nuestra ancianidad. Desde esta óptica no importa tanto la vejez con sus limitaciones, sino la ancianidad como realidad que precede (anteanus, anciano) o que está inmediatamente anterior a la muerte.

Desde esta perspectiva, ¿quién no quiere ser anciano? ¿No es la ancianidad una ganancia, una promesa, una antesala al amor definitivo?

Todas las realidades futuras del ser humano, las que empiezan a vivirse con su muerte en un más allá, son estados de vida y no vivencias corporales. Ésta es la razón por la cual el viejo cuerpo queda como testimonio de un proceso en el cual él desempeñó una tarea trascendental. Y ésta es la razón también por la cual es imposible separar la realidad humana de su corporalidad. Por decrepito y maltrecho que esté el cuerpo de un anciano, él es el testimonio vivo del más bello proceso jamás imaginado: el de la realidad material de una vida que supo procesar lo valioso de la misma, para que eternamente viva. Nuestros instintos, creados para darnos la posibilidad de la subsistencia, nuestras pasiones, las reacciones propias de nuestra realidad humana, nuestros amores, nuestra práctica de la justicia, todo queda, sin perderse nada, pero en esa nueva realidad que se convierte en un nuevo punto de partida.

Nuestras realidades masculina y femenina nunca quedan perdidas o diluidas. Seguiremos siendo hombres y mujeres, porque fue como hombres y como mujeres que configuramos nuestro ser interior. Y fue como varones y como mujeres que vivimos y asimilamos nuestra historia y nuestra cultura. Cada género tiene valores propios y diferentes que no se pueden perder. Eso sí, con una variación: la realidad de ser varones y mujeres que se oprimieron unos a otros, que se esclavizaron y que se aprovecharon unos de otros, ya no existirá. A este propósito es que San Pablo nos dice que ante Dios no existirán esas diferencias que mermaron libertad y testimoniaron opresión: “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre; ni varón ni hembra, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28)

Desde esta visión de resurrección, la vejez no es otra cosa que la proximidad a obtener un cuerpo resucitado, que tenga la capacidad de seguir haciéndonos vivir y crecer. La ancianidad es el último y anterior estado que antecede a la hermana muerte, que es el acto a través del cual entregamos el acumulado de amor y de justicia que hemos construido, con la gracia del Dios Trino. La muerte, parodiando a San Francisco de Asís, se convierte en una verdadera hermana que nos coloca ante la situación definitiva que va a definir nuestra eternidad.

Una religión vivida según el diseño de Jesús de Nazaret, tiene la potencialidad de crear una vida y una ancianidad con un horizonte propio de felicidad, que está puesto sobre la práctica de la justicia y del amor. Quien llega a su vejez y ancianidad con este horizonte, sabe que hasta el último instante de su vida las cosas más insignificantes pueden tomar dimensión positiva de eternidad. Un anciano está en la capacidad de realizar grandes proezas, al conservar la



posibilidad de dar justicia y amor en esas cosas que esperamos todos de un abuelo: una sonrisa, una palabra, una vieja plegaria dicha con la sinceridad de quien dice lo que cree, una palabra de aliento que nos prolonga las ganas de vivir, una palabra adecuada de corrección o de aliento que puede reorientar nuestra vida hacia la justicia y el amor. Un cristianismo, vivido en su esencia, puede contribuir a construir un horizonte de felicidad que no desborda las posibilidades de un anciano. El horizonte de felicidad que se le ofrece es el del amor y la justicia que se concreta en todas esas pequeñas cosas que el anciano puede dar: una palabra, un gesto, una caricia, una sonrisa, un abrazo, un beso, donde el amor y la justicia se asoman, con tal que el corazón los dé con sinceridad. De esta manera el anciano retoma su existencia en la dimensión de sus posibilidades y sabe que puede construir resurrección hasta el último instante de su vida.

Creo que, desde este punto de vista, vale la pena envejecer en el Chocó, porque su ambiente, aún tan familiar, tan sencillo y tan simplemente cristiano, le permite ser feliz en las cosas pequeñas. Recuerdo un caso que sólo me ha sucedido una vez en la vida: en las cercanías de Beté, en la zona llamada Puné, en una casita a orillas del río Atrato, había una anciana cuya muerte se esperaba, porque se consumía sin estar enferma. Cuando la visité y le dije cuál era la razón de mi visita como sacerdote, ella no me respondió a mi oferta de confesión y sencillamente empezó a cantar y cantando se fue yendo a la eternidad. Este simple acto revela la posibilidad de que muchos otros ancianos y ancianas, aunque no entonen un canto externo, terminen su vida en un himno silencioso de acción de gracias y de alegría por morir construyendo ese amor simple y espontáneo que a todos nos humaniza.

Hay ancianos que aceptan ejercer su papel de maestros y que, por lo mismo, son convertidos en ancestros: un modo comunitario de ratificar su resurrección.

Hay realidades en nuestra cultura chocoana que revelan el aprecio de que goza un anciano en la comunidad. Una vez más, me refiero a la realidad del campo, no a la de la ciudad. Desafortunadamente, en la ciudad la institucionalidad oficial ha ido matando la espontaneidad cultural, que se suele mover más por la autoridad moral y la experiencia, que por el manejo del poder. A nuestra gente, cada vez que quiere organizarse, se le mete en el desgastado y mil veces corrupto esquema de presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y vocales. Cuántas juntas fracasadas, cuántas ilusiones destruidas, cuánta corrupción,

cuánto engaño en este modelo impuesto por el leguleyismo oficial. Aquí los mayoritarios dejan de ser autoridad, su palabra no es tenida en cuenta, su tradicional honradez no vale.

Frente a esta realidad urbana, cercana a gobernaciones y alcaldías y oficinas oficiales, florece esa otra, lejana a estas realidades, pero rica en humanidad, en donde los mayoritarios enseñan, orientan, corrigen y aportan lo mejor de sí. En estas reuniones comunitarias, presididas por el amor y la experiencia y respaldadas por el aporte voluntario de personas con carisma de servicio, han florecido todas esas iniciativas que hasta el presente han humanizado nuestros caseríos. Podemos decir, con verdad, que aquí los mayoritarios son verdaderos ancianos que aceptan su papel de maestros de vida, sin nombramiento oficial, sin paga de ninguna clase, sólo bajo el reconocimiento y la gratitud de su propia gente.

Cuando un anciano de esta clase se marcha del todo, bajo el llamado de la muerte, la comunidad espontáneamente termina declarándolo su “ancestro”. En este sentido, la palabra “ancestro” es algo más que ser un antepasado. Es más bien la cualificación que se le da a alguien a quien comunitariamente se le reconoce como padre de la comunidad y como su maestro, con la decisión de que expresamente se quiere seguir bajo su guía. Es la persona a quien se le recuerda, a quien se invoca, de quien se siente su presencia y de quien se espera responda en los momentos en que la comunidad necesita auxilio o una presencia espiritual que lo anime.

Quizás se podría decir que sentir y declarar “ancestro” a alguien es el equivalente comunitario a sentirlo como persona santa. Es la declaración de virtud de alguien, sencillamente porque amó y sirvió desinteresadamente a su comunidad. Es la canonización laical de un mayoritario o anciano comunitario. En el ritual de una eucaristía inculturada, que funciona por las orillas del Atrato, se canta, en forma de alabao, a la memoria de los ancestros, antes de cantarle a la memoria de los santos oficiales. Un alabador o alabadora canta lo siguiente, que debe ser repetido por todo el pueblo:

*Nuestra memoria de muertos
de la vida es la memoria,
pues quien muere en nuestro pueblo
sigue viviendo en su Historia.
A los muertos que en su vida*



*nos dieron sabiduría,
los declaramos Ancestros,
los nombramos nuestros guías.*

Enseguida, celebrante añade cantando:

*Hay muertos que son Ancestros,
que están vivos en el pueblo,
pues éste avanza en su historia
guiado por su recuerdo.*

Y todo el pueblo ratifica esta memoria santa, con un solemne y nutrido “Amén”.

“Amén” repito yo de corazón y los invito a todos ustedes a que hagan lo mismo. El hecho de que los ancestros sean ya oficialmente reconocidos en la liturgia eucarística de la Iglesia católica, es un gran logro de la cultura popular campesina. Cuando he tenido oportunidad de comentar estas cosas con los mayoritarios de las comunidades, les he indicado la necesidad de que los ancianos que mueren haciendo su papel de servidores y maestros de la comunidad, después de su muerte sean declarados comunitariamente “ancestros”, en una ceremonia propia, por ejemplo, al celebrarse el primer aniversario de su muerte. Cosas como éstas contribuirían a formar un horizonte comunitario de felicidad, que ciertamente llevaría a fijar los ojos en valores auténticamente comunitarios. Además, estos ancianos y ancianas, reconocidos como guías y servidores de la comunidad, serían nuestros santos cercanos, nuestros santos y santas negras, tan escasos en nuestra Iglesia y tan necesarios para la dignificación de nuestra historia y nuestra cultura afrochocoana.

CONCLUSIONES:

1. Creo que nos queda claro que la felicidad de toda ancianidad depende en gran parte del horizonte de felicidad que cada anciano o anciana construya. Aunque nacemos con un horizonte de felicidad heredado, este horizonte puede ser modificado, mejorado o transformado, de acuerdo al modelo de sociedad en el que uno se quiera ubicar, o por el cual quiera trabajar. Aunque por necesidad hagamos parte de una sociedad neoliberal que coloca al pueblo en el nivel social más bajo, sin embargo depende de nosotros mismos que vayamos

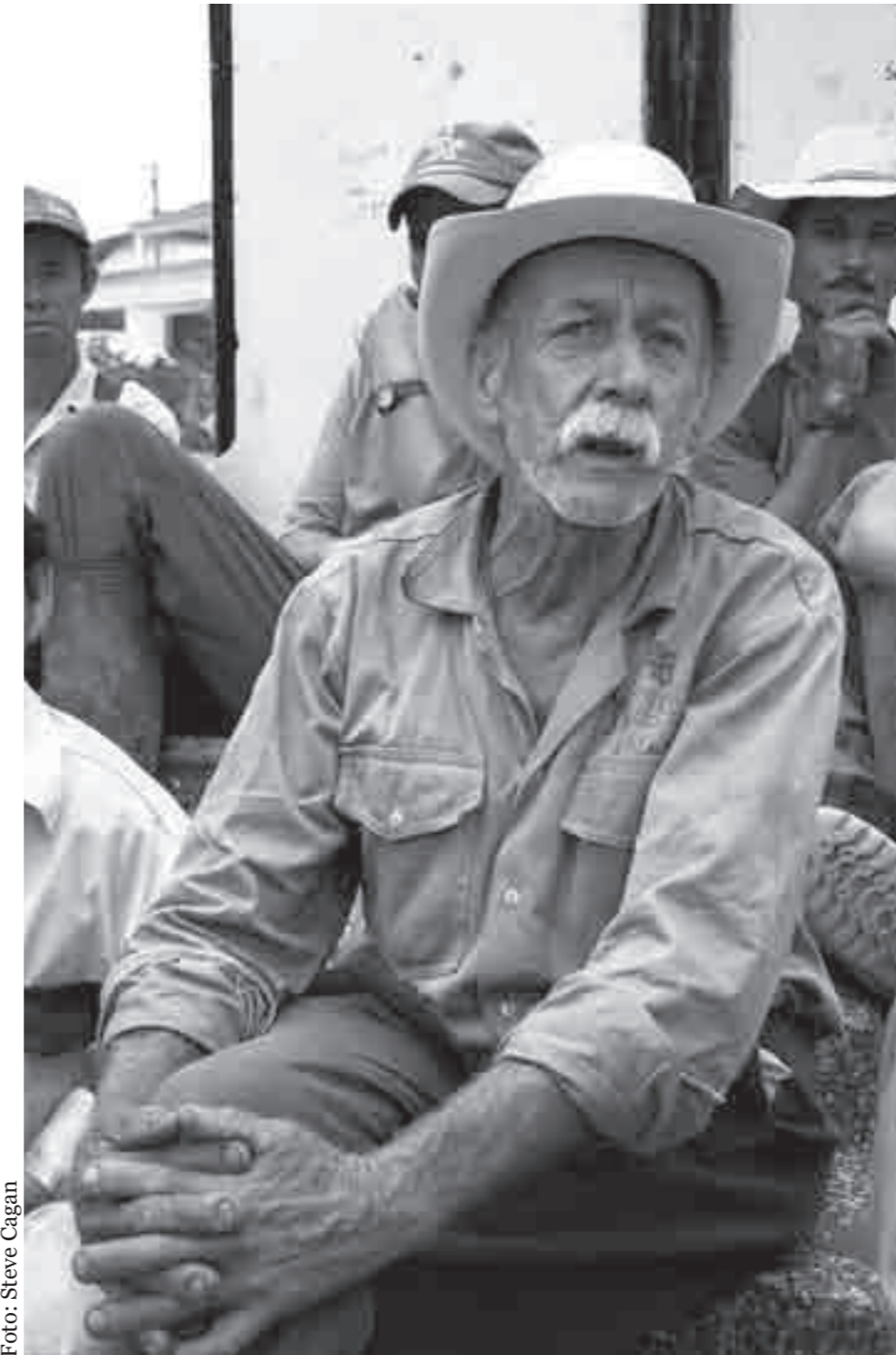


Foto: Steve Cagan



haciendo aparecer en el horizonte la posibilidad de una sociedad más justa, más igualitaria, más solidaria, más fraterna. El solo hecho de luchar por esto, nos distancia de la injusta sociedad neoliberal que produce tanto anciano amargado. El horizonte de felicidad depende del modelo de sociedad que cada uno acepte para la propia vida.

2. El modelo de sociedad capitalista o neoliberal engendra ancianos egoístas, arribistas, consumistas. El horizonte de felicidad de este tipo de sociedad lo concentra todo en el poder. Cuando el anciano toma en serio este modelo de sociedad y se da cuenta de su poder, hace girar todo en torno a sí. Se convierte en “su majestad” el anciano egoísta, al que todos deben servir. Su palabra deja de ser la palabra libre, la de la experiencia que no quiere que su descendencia repita la opresión y la explotación vivida y pasa a ser la palabra vendida al poder, al mejor postor, a los politiqueros de turno. Este modelo de anciano no tiene en su horizonte la posibilidad de una sociedad alternativa y, por lo mismo, impide con su autoridad que los demás lo tengan. Se trata de ancianos que dejan tras de sí amargura y siguen programando un futuro de nuevas esclavitudes. Quieren sólo que los sirvan, pero ellos se autodeclaran incapaces de dar algún tipo de servicio o de amor gratuito. En su interior estos ancianos no se ven realizados en nada y terminan ellos mismos bajo el peso de su propia soledad.
3. No hacerle caso al modelo de sociedad que nos domina, no iluminar al anciano sobre este tema social, no abrirle los ojos sobre los causantes de la empobrecida realidad de miles y miles de ancianos, es mantenerlo en la mentira y evitar que él tome una posición clara frente a su sociedad, lo cual le ayudaría mucho a darle una última mirada a su vida y disponerse en justicia a confrontarse con el más allá definitivo. A un anciano nunca se le debería engañar en esto, para que él logre hacer de su vida algo cercano a la verdad.
4. Cuando, como en nuestro caso, nos encontramos sumergidos en una sociedad verticalista, anticomunitaria y esa otra sociedad ideal comunitaria se ve lejana e imposible, lo mejor es colocarnos y colocar al anciano en estado de “camino, de esfuerzo, de lucha”, con la misión de trabajar por esa sociedad que aún no aparece. Esto significa siempre una doble tarea: hacerle degustar al anciano esas pequeñas experiencias donde aparece lo comunitario y no perder ocasión para denunciar y desacreditar esa otra sociedad, cuya mayor astucia es saber matar lenta y astutamente, pero sin que nadie se dé cuenta que es ella la asesina. Si no, que lo digan los centenares de niños y de ancianos campesinos

que mueren de lenta desnutrición o por falta del médico, la enfermera, o el puesto de salud, mil veces prometidos y a veces hasta financiados. La Biblia llama a esta toma de posición crítica, ponerse en camino de desierto, siendo consciente del modelo de sociedad del que hay que despojarse y el modelo de sociedad al que se debe aspirar. Esto también cambia el horizonte de felicidad de nuestros ancianos, porque ellos pueden darle a su vida, hasta última hora, una nueva razón de ser, porque están luchando, desde sus pequeños aportes, para que aparezca algo justo, que le dé un sentido más pleno a su vida.

5. El modelo de sociedad comunitaria, por el contrario, engendra ancianos que saben compartir, que no exigen más de lo que se les puede y se les debe dar, que disfrutan y son felices con los detalles, con las pequeñas cosas de la vida, donde el amor se convierte en caricias, abrazos, besos, sonrisas, palabras... Hay que saber vivir con el anciano la verdad de que la felicidad abunda en las cosas pequeñas de la vida, en esas precisamente que el anciano puede dar.
6. La cultura no es algo gratuito, que se dé espontáneamente. La cultura se construye con la práctica de las costumbres heredadas y con la adaptación que dichas costumbres van recibiendo. Lo que no se practica cae en desuso y muere. Y así van muriendo tantas cosas bellas, entre ellas las actitudes pacíficas y dialogantes que dignificaron a nuestros ancianos que ya dejaron de ser un punto de referencia para sus comunidades y que, por el cambio social, por la violencia y el desplazamiento forzado, se han convertido en víctimas mayores de nuestros deseos de guerra, de nuestras ganas de venganza y de los ánimos belicistas y poco dialogantes que en este momento nos están haciendo creer que es el camino de Colombia.
7. Todo anciano tiene incorporado a su existencia un horizonte religioso que nosotros no debemos ignorar. No atender o no responder al horizonte religioso de un anciano es matar en él una fuente de inspiración para la bondad y una realidad con la que él necesariamente se va a encontrar: su muerte y su resurrección. Por lo mismo, es necesario suplirle las falsas ideas de resurrección que pueda tener por una más cercana a la verdad que la Biblia nos presenta, basada en el proceso de humanización y de resurrección de Jesús. Este tema hay que abordarlo a tiempo, para que el anciano no se lleve sorpresas, para que empiece a tiempo a construir su ancianidad, a entenderla como el momento más importante de su proceso de resurrección, para que entienda que ella es un proceso, y que la resurrección definitiva depende en gran parte de haber sabido empezar a resucitar a tiempo, en vida, cuando



nuestros sentidos y nuestra mente están en plenitud de actividad. Qué bello es cuando un anciano llega a comprender que cuando se está envejeciendo se está también resucitando... y que es precisamente en la vejez cuando el Dios de la vida está más cerca, cuando se hace plenamente verdad esta palabra de Jesús: “Dios no es un Dios de muertos sino de vivos, porque para él todos viven” (Lc 20,38). La Iglesia que, en nuestro Chocó, nos revele mejor al Dios de la vida, al Dios que quiere calidad de vida humana para todos sus hijos e hijas, es la que también nos hará decir con verdad y sin interrogantes: ¡Vale la pena envejecer en el Chocó!...